

¿Por qué no hay humor en la Historia?

Sealtiel Alatraste

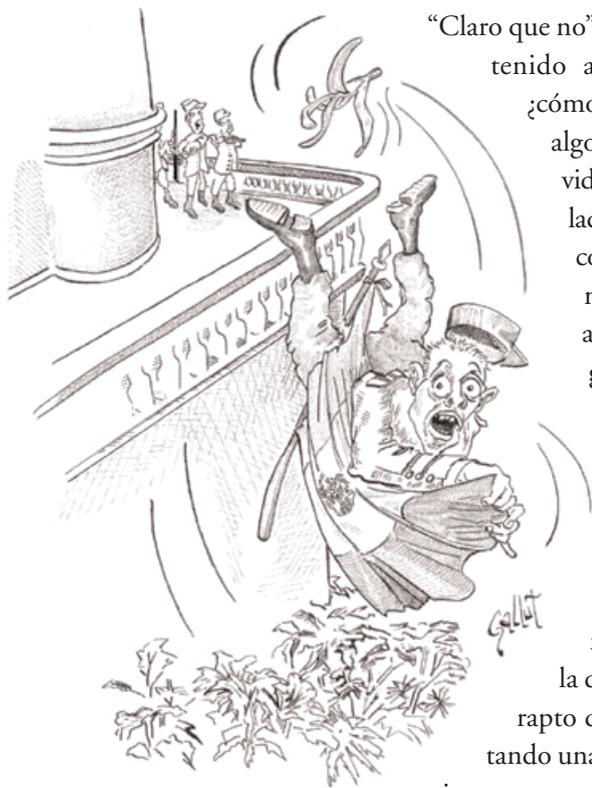
Hace pocas semanas estaba en Bolivia y por una mera casualidad me encontré conversando con un viejo indígena a las afueras de las ruinas de Tlahuanaco. Por alguna razón la charla nos condujo al tema de la Historia, y él me preguntó que cuando yo me ponía a pensar en mi vida, digamos metafóricamente (claro que no usó esta palabra, pero era lo que me quería decir), qué quedaba frente a mis ojos, el pasado o el futuro. No contesté, pero mi primera imagen fue que el futuro. “Estoy acostumbrado a ello”, pensé, “desde niño alguien ha puesto el futuro frente a mis ojos”. Al ver que no respondía, me dijo: “Lo que está frente a sus ojos es el pasado, y a su espalda, puesto que no lo conoce, queda el futuro”. Me reí, tal vez de nervios o porque la imagen de un hombre caminando de espaldas me pareció de lo más graciosa, pero le di la razón. Tuve, sin embargo, la extraña sensación de haber escuchado una revelación: la historia de Occidente podría ser la de un grupo de hombres que caminan de espaldas, observando su pasado como si fuera el futuro.

No quiero entrar en las consecuencias filosóficas o políticas de dar por cierta esta imagen, sino servirme de ella para hacer alguna consideración sobre mis experiencias con el pasado y, así, llegar al tema del humor en la Historia.

Recuerdo que una de las tantas veces que he perdido el rumbo y no he sabido qué hacer con mi vida, pensé que mi problema radicaba en que había planeado el futuro para que lo viviera el hombre que yo había sido hasta ese día, pero que por la magia de la edad se había transformado en otro. Yo ya no era yo. Recién cumplí-

dos los cuarenta, no había podido evitar la llamada crisis de la mediana edad, y me encontraba más deprimido que María Castaña. Analizando mi situación con la muy escasa lucidez que me quedaba, llegué a la conclusión de que hacía años había programado todas mis actividades —profesionales, amorosas, familiares— para que fueran ejecutadas por un hombre de treinta años, pero que, sin que me diera cuenta, me habían asaltado los cuarenta, con los cambios físicos y emocionales que trae esta edad consigo. Me sentía, como me dijo mi amigo indígena, perpetrado en el pasado, con el futuro por vivir a mis espaldas. Veía al hombre de treinta años que había sido la década anterior, sin que ninguna de sus características o sus recursos me sirviera para nada. Los últimos años había caminado de espaldas tratando de encontrar en mi pasado algo que me permitiera comportarme a la altura de mi edad. Un psicoanalista, mucho más técnico pero menos sabio que el indígena boliviano, me dijo que no tenía *insight* sobre mi futuro.





“Claro que no”, le dije, “nunca había tenido antes cuarenta años, ¿cómo iba a tener *insight* de algo que nunca había vivido?”. Fue una frase reveladora. Después de todo, coincidirán ustedes conmigo, cumplir cuarenta años no es ninguna tragedia, pero inexplicablemente muchos la vivimos como tal. Recuerdo que en un alarde de valor me puse a buscar en mi memoria algo que me permitiera superar la depresión, y que en un raptó de humor me dije soltando una carcajada: “Voy a dejarme una cola de caballo y san se acabó”.

La primera vez que me pude anudar la coleta en la nuca había desaparecido la mentada crisis de la mediana edad.

Traigo este pobre ejemplo a colación para mostrar que mi amigo boliviano tenía razón: siempre tenemos a la vista el pasado, siempre vemos lo que ya nos ha sucedido, pero no sabemos lo que está por venir, y caminamos torpemente de espaldas al futuro, creyendo que marchamos al encuentro de nuestros ideales, de nuestras esperanzas, de nuestras ilusiones. Pero también, y esto es lo que me interesa recalcar, porque frente al pasado, frente a eso que siempre está a la altura de nuestra mirada, tenemos la opción de actuar con buen o mal humor. Pongámoslo de otra manera (de una forma combinada, mixta, ecléctica). Es cierto que caminamos de espaldas, pero nuestras esperanzas, aunque arraigadas en el pasado, están frente a nuestros ojos para realizarse, paradójicamente, en ese futuro que nos es desconocido, en ese futuro que no vemos y del que no tenemos *insight*. Para tener esta visión interior, esta suerte de iluminación que nos permita avanzar de espaldas sin tropezarnos (o tropezándonos pero con la habilidad de no caer del todo), tenemos dos opciones: juzgar nuestra vida como si fuera una comedia o considerarla una tragedia; o dicho de una forma más melodramática: o le damos a nuestro concepto de la vida alegría o lo teñimos con el negro añil de la depresión.

Me pregunto por qué generalmente tomamos como buena la visión trágica de nuestra vida; por qué nos parece que los momentos dolorosos son más aleccionadores que los cómicos, los alegres, los divertidos. Si ustedes se fijan, el prestigio social del humor está bastante bocabajado, siempre queremos reírnos, pero como reír no tiene prestigio, los momentos en que lo hacemos nos parecen triviales y hasta pedestres. La gente dice, por ejemplo: “Quiero ver una película ligera, que me haga reír y no pensar”. ¿Qué nos ha hecho creer que los actos de reír y de no pensar van tomados de la mano? ¿Por qué, si lo que más nos gusta es estar alegres, la risa nos parece intrascendente, y creemos que la tristeza tiene un peso sustancial? La solemnidad pesa, la alegría no. Me atrevería a afirmar que en nuestra escala de valores consideramos más aleccionadoras las experiencias amargas que las divertidas. La solemnidad nos tiene atrapados y pocas veces hacemos uso de nuestro sentido del humor. Fíjense si esto no será grave, que el diccionario de Sáinz y Robles da como antónimo de solemnidad a la vulgaridad. O sea, lo contrario de solemne es vulgar. No quiero verme muy trágico, pero, de ser así, estamos jodidos.

Antes de seguir adelante quiero aclarar que no es mi intención banalizar el dolor, la tragedia, los momentos graves de la vida. Nada de eso. La muerte de un ser querido, un accidente, la pérdida del empleo, un terremoto, un ataque terrorista en la estación de Atocha de Madrid, son actos dolorosos, trágicos, tienen un valor fundamental y mutilan nuestras vidas. Es así, y ya. Lo que yo me pregunto es por qué, a esos actos, a esas experiencias, le damos más valor que a las alegres, a las que nos han hecho reír, a las que nos han divertido. ¿Por qué nos acordamos del primer accidente de nuestros hijos y no del día que nos contaron su primer chiste? Pero más aún, me pregunto, por qué revestimos de solemnidad actos que por su naturaleza son esencialmente divertidos: de nuevo, el nacimiento de un hijo, la obtención de un título, la jubilación. En fin, díganme ustedes, ¿por qué el humor está tan poco valorado?

Quisiera poner sobre la mesa una prueba irrefutable. Es, quizá lo hayan sospechado, una afirmación crítica que siempre me ha llamado la atención, y que, creo, me da la razón en todo lo que he dicho: ¿por qué se dice, “*Don Quijote de la Mancha* es una novela humorística, pero también es algo más”? ¿Qué no es suficiente valor el humor para describirla, definirla, para valorarla y que salgamos corriendo a leerla?, ¿no es la risa, el humor, el desparpajo, la columna que sostiene todo el an-

“Lo que está frente a sus ojos es el pasado, y a su espalda, puesto que no lo conoce, queda el futuro”.

damiaje filosófico del *Quijote*? Lo más notable de Alonso Quijano es que, en un rapto de buen humor, en un instante de felicidad íntima, decide volverse Don Quijote. Quijano era un tipo mediocre, solemne, un lector de medio pelo, Don Quijote es un tipo a quien el humor le permite dar a Sancho Panza los sabios consejos para gobernar la ínsula Barataria. No es la solemnidad la que lo inspira, es el humor, pues aquélla es, finalmente, la que lo devuelve a la cordura y le mata en las playas de Barcelona.

Otro caso patético es el de William Shakespeare: son muy pocos los que reparan en que, por ejemplo, Falstaff, ese gran humorista, es un personaje tan grande, tan intenso, tan trascendental, como Hamlet. El gordo comelón no ha contado con el *marketing* de la tragedia, y por eso ninguna de sus frases tiene el peso de aquel críptico “Ser o no ser”, del atormentado príncipe de Dinamarca.

Si juzgamos eso que llamamos Historia, las consecuencias de esta falta de humor son más patéticas. ¿Cuántos historiadores con buen humor conocen? ¿Cuál fue el último libro de Historia en que se describió la forma de reír de Napoleón o Winston Churchill? ¿Saben ustedes si el General De Gaulle contaba chistes? ¿Cuántas veces Jesucristo se tomó a broma eso de que era hijo de Dios? ¿Ustedes creen que Jesús, el personaje de la Historia, alguna vez se rió de que su madre fuera virgen? ¿Se han puesto a pensar si cuando el gaviero que iba con el Almirante Cristóbal Colón gritó “¡Tierra a la vista!”, alguien soltó una carcajada? ¿O creen que toda la tripulación puso cara de “estamos descubriendo el Nuevo Mundo”?

Vamos a ponerlo de esta forma. Convengamos en que la Historia, con mayúscula, no está compuesta por los hechos del pasado, sino por la visión, crítica o no, que tenemos sobre ciertos hechos que ya sucedieron. Si esto es así, decimos que alguien hace Historia cuando lleva a cabo algún acto que puede ser observado, evaluado, contado, por alguien más. Ese alguien hace Historia, decimos, si sus actos, o uno de sus actos en particular, pueden ser reseñados para que el resto de los hombres comprendamos algo. Es un acto memorable, aleccionador. Volvamos, con estas consideraciones en mente, al buen Napoleón Bonaparte: si el Mariscal se para frente a las ruinas de Egipto y dice: “Veinte siglos (o los que sean), os contemplan”, está haciendo Historia; pero si él mismo se detiene frente a una jovencita con quien se topa en palacio, le coquetea, y le dice al oído como si la conociera de años: “Qué buena estás Josefina”, entonces no está haciendo Historia. Si nos ponemos a pensar en cómo han quedado registradas en la Historia ambas circunstancias, nos encontramos ante una contradicción fla-

grante: el encuentro con Josefina —que él creyera que estaba muy buena la malvada, aunque a lo mejor no lo estaba— tuvo mucho más consecuencias para la humanidad que los veinte siglos desde donde nos contemplan las ruinas egipcias. La pasión por Josefina podría ser la clave secreta para entender el comportamiento de Napoleón y, sin embargo, todo mundo cree que es su afán de grandeza. Y como la cosa es así, me pregunto, ¿por qué la Historia sólo registra los actos solemnes y no los humorísticos? ¿Por qué los historiadores rehuyen el sentido del humor?

La historia de América Latina, o al menos eso que ahí se llama Historia Oficial, es un ejemplo lamentable de falta de sentido de la comicidad. Voy a poner un ejemplo nimio: dicen los historiadores que cuando a Moctezuma le pronosticaron que llegarían unos hombres a invadir sus tierras, se puso lívido el pobre, y le entró un miedo pavoroso a pesar de que las profecías eran francamente chistosas: según dicen, se le iba a aparecer un pájaro con cabeza de espejo, en el que él podría verse a sí mismo. No me negarán que lo más probable es que el emperador haya soltado una carcajada, y que a lo mejor la profecía le pareció tan divertida que, como nos pasa a nosotros con el humor, prefirió no hacerle caso. Pensemos, por otro lado, que la imagen que le dieron de los supuestos conquistadores era más bien ridícula: hombres de cuatro piernas, con la cara llena de pelos y el cuerpo cubierto de bolas de acero. Yo, la verdad, creo que Moctezuma se tiró de la risa. Claro, después llegaron los chicos españoles y le fue como le fue, pero por lo pronto se debe haber carcajeado un buen rato. La Historia, sin embargo, lo va a recordar siempre



como un emperador atemorizado, patético, paralizado ante el destino, que nunca en su vida esbozó una sonrisa.

Otro ejemplo de la tendencia a la solemnidad de los héroes de la América nuestra (o de la solemnidad con la que los registra la Historia), lo tenemos en la inveterada costumbre de nuestros políticos de hacer frases célebres. En este asunto, los mexicanos nos pintamos solos, a frases célebres nadie nos gana. Recordemos que cuando los norteamericanos nos invadieron al mediar el siglo XIX, avanzaron sin parar hasta la ciudad capital, y una de las batallas decisivas se llevó a cabo en el ahora llamado ex convento de Churubusco. Ahí, las tropas gringas le tueron a la metralla hasta que el glorioso ejército nacional se rindió. Los norteamericanos, que no se andan con cuentos, avanzaron hasta apresar al General que comandaba las tropas mexicanas, que era un pobre manco que se apellidaba Anaya. Cuando el pobre General vio a los gabachos, levantó su muñoncito y dijo: “Si tuviera parque no estaría usted aquí”. El pobre gringo se debe haber quedado de a cuatro. Para justificar esta frase se dice que el gringo preguntó por la dinamita, por las balas escondidas, pero, ¿quién se cree tamaño cuento?, ¿es posible que alguien crea que puede atravesar el campo enemigo, tan campante, y que haya parque escondido?, ¿quien redactó la Historia Oficial nos creará tan majes? Aunque contado así, el acto es muy solemne, eso sí, lo que sea de cada quien.



El *non plus ultra* de los ejemplos que puedo citar sucedió unos días después de aquella batalla (o antes, no me acuerdo bien): el ejército gringo avanzó sobre el Castillo de Chapultepec, que se encontraba defendido por unos cuantos adolescentes, quienes son recordados por la Historia como los Niños Héroes. Uno de ellos —el que se llamaba Agustín Melgar, Fernando Montes de Oca o uno de los otros— defendió la fortaleza con fiereza, pero al ver que el ejército norteamericano seguía avanzando sobre el castillo, le entró un miedo de lo más natural y salió corriendo. En su huida se tropezó junto a un barranco y apenas alcanzó a agarrarse de la bandera nacional. Si ésta, la bandera, hubiera sido más resistente no se hubiera ido al vacío, pero se habría perdido de pasar a la Historia Patria, pues en vez de que los historiadores registraran su traspie, lo que quedó para la memoria colectiva fue que antes de permitir que los gringos mancillaran el lábaro patrio, el tal Agustín Melgar, Fernando Montes de Oca o cualquiera de ellos, se envolvió en la bandera y se tiró al vacío.

Podría seguir poniendo ejemplos a mansalva, escudriñar en el pasado de cualquier país para encontrar situaciones devastadoramente divertidas, pero sólo serviría para que nos diéramos cuenta de que sí, por ejemplo, el humor involuntario con que se conducen los políticos es fuente inagotable de material para los periodistas, para los cartonistas del mundo entero, los historiadores irremediamente dejan pasar esos momentos fundamentales de la vida. Para muestra basta un botón: el recién fallecido José López Portillo pasará a la Historia como el presidente de ambición sin límites que echó al país por la borda, pero nadie registrará que en el desparpajo con que se iba acostando con sus amantes, en las bromas que les hacía a sus colaboradores, en esa frase tan célebre como cómica con la que defendió a su hijo —“Es el orgullo de mi nepotismo”— ya se anunciaba la tragedia del país.

Quiero terminar diciendo que si la Historia, con mayúsculas, no registra la comicidad evidente de estos hechos, la literatura sí lo ha hecho. Muchos novelistas, y no sólo los mexicanos, se han caracterizado por contar el lado humorístico de la Historia, por ver en nuestro pasado ese lado chusco, antisolemne, que es mucho más verídico y aleccionador que el que nos han querido vender como verdadero. Y por eso, repito, ¿por qué no hay humor en la Historia, si éste, el humor, es la clave para descifrar el futuro?, ¿por qué el calificativo humorístico para un acto común, para una novela o una película nos hace pensar en algo trivial, sin peso, que podríamos olvidar sin dificultad? **U**

Las caricaturas que acompañan el texto fueron encargadas *ex profeso* por la Revista de la Universidad de México a Maricruz Gallut.